

RESEÑAS

ÁGUILA, Rafael del — CHAPARRO, Sandra, *La república de Maquiavelo*, Tecnos, Madrid, 2006, 288 págs.

Desde que se publicasen los principales libros políticos de Maquiavelo unos años después de su muerte, el pensamiento español ha prestado cierta atención a la obra del famoso secretario florentino. Estas primeras reacciones contrarreformistas hispánicas contribuyeron —y se trata si no de un logro directamente positivo sí al menos influyente— en cierta medida a forjar la imagen diabólica que el sentido común político y lingüístico ha otorgado a Maquiavelo. Sin embargo, y a pesar de que la reacción española se prolonga durante varias generaciones de pensadores, los estudios sobre la obra de Maquiavelo habían dejado de gozar de la relevancia que tuvieron en otros tiempos en el mundo cultural español. La filosofía política española contemporánea ha dedicado muchísimas más obras a discernir el verdadero pensamiento filosófico de autores tan poco políticos como Kant que a interrogarse por la doctrina de Maquiavelo. Este libro, junto con los estudios de Miguel Ángel Granada, vienen a llenar un cierto vacío bibliográfico que la academia española había concedido a los estudios sobre Maquiavelo, sobre todo, si se compara con las monografías dedicadas al esclarecimiento de su teoría de las que se disponen en las principales lenguas occidentales.

El interés de Rafael del Águila por la obra de Maquiavelo viene expresándose en diferentes obras desde hace ya varios años. Se encargó del capítulo sobre la teoría política renacentista de la *Historia de la Teoría Política*, editada por Javier Vallespín, que sigue siendo referencia para la mayoría de los estudiosos de lengua española. También escribió un breve libro sobre la interpretación de los tratadistas españoles, que, con variaciones, se incluyó en su obra de teoría política más ambiciosa *La senda del mal* (Taurus, 2000). En el que hasta ahora era su último libro *Sócrates furioso* (Anagrama, 2004), mostraba a Maquiavelo como la contrafigura de Sócrates, siempre demasiado impecable (sobre la distinción impecable-implacable se construyen muchos de los argumentos más interesantes de

RESEÑAS

R. Águila). Pero faltaba una interpretación global sobre su pensamiento en la que se juzgara con extensión y detenimiento los principales núcleos políticos de la obra de Maquiavelo. Para realizar esta labor, ha escrito la obra con Sandra Chaparro y el resultado final posee el mismo interés y calidad que los anteriores escritos.

La clave interpretativa del pensamiento de Maquiavelo para estos autores reside en la importancia de la tragedia de la acción política, es decir, en el precio que hay que pagar por vivir en una determinada comunidad. No hay política sin mancha, no hay bien sin mal, y nada más perjudicial y más generador de dolor que mirar hacia otro lado, que huir de esta inevitable verdad política. Como ningún otro pensador anterior, Maquiavelo no mira para otro lado, afronta los males que el político debe muchas veces realizar por vivir en una comunidad segura y próspera. Maquiavelo nunca rehúye el asunto del inevitable tributo de maldad al que obliga muchas veces la consecución de un bien público. Pero lo peculiar de Maquiavelo consiste en que no llama bien a ese mal que por otros bienes políticos se debe hacer. Posee la notable virtud, por la que parte de la tradición política posterior se ha enfrentado siempre a sus enseñanzas, de seguir llamando mal al mal por mucho que éste deba realizarse para conseguir y alcanzar un bien político. En la obra del secretario florentino, se descubre una profunda herida que muestra que no todos los bienes humanos se pueden conciliar; que para tener unos, hay que desprenderse de otros. En esta herida, que señala muchas más veces de las que nos gustaría imaginarnos que los bienes se consiguen gracias a manos sucias, se encuentra el principal motivo para calificar de trágica a la obra del pensador florentino y la acción política.

Esta interpretación, que pone de manifiesto la irreconciliabilidad de los bienes humanos, debe mucho al pensamiento político de Isaiah Berlin, y más concretamente, a su artículo *La originalidad de Maquiavelo*. Sin embargo, la interpretación de Chaparro y del Águila no se dedica simplemente a repetir la opinión de Berlin. Si el autor oxoniense consideraba que la clave del pensamiento de Maquiavelo estribaba en una disputa entre dos morales sin que se pudiera establecer que una de las dos era simplemente mala, Chaparro y del Águila trasladan esta idea a la consideración de la acción política. Berlin había defendido que en la obra de Maquiavelo se pueden encontrar dos éticas irreconciliables para las que no existe un patrón objetivo por el que se puede descartar a uno para inclinarse por la otra, este conflicto sin medida que resuelva los problemas hace de Maquiavelo un inconsciente fundador del pluralismo, que con

RESEÑAS

tanto denuedo reivindica el autor ruso-inglés. Si la interpretación de Berlin de Maquiavelo llevaba al pluralismo como la mejor manera de entender y solventar estos problemas éticos, la imagen de Chaparro y del Águila nos lleva hacia una visión complicada y contraria de la acción política. El político deberá prescindir del principio que afirma que sólo los buenos resultados proceden de buenas acciones, deberá reconocer, por peligroso que pueda parecer, que muchas veces de los males pueden proceder bienes. Como indican al final del libro, lo que hay que aprender de las obras de Maquiavelo no es su insensibilidad ante el mal, sino su mirada al mundo político (p. 268), que muestra toda la complejidad y ambivalencia de esta realidad.

Aunque se puede estar de acuerdo que ésta sea la verdadera clave de Maquiavelo, no cabe duda de que gracias a ella se profundizan y se saca partido de muchos de los puntos más atractivos de la obra del legendario autor florentino. Se trata, en definitiva, de una obra muy recomendable tanto para el lector que quiera introducirse en el pensamiento de Maquiavelo como para aquellos que quieran contar con una visión que se aleja de cualquier puritanismo moral. En este sentido, es de agradecer que los autores no se erijan en jueces morales de la actividad y pensamiento de Maquiavelo, sino que se entreguen directamente a explicar, interpretar y sistematizar su obra. El resultado es, a mi entender, la mejor obra escrita sobre Maquiavelo en España en los últimos veinte años.

Miguel Saralegui
Universidad de Navarra
msaraleguib@yahoo.com

ARCHER, Margaret S., *Making our Way through Society. Human Reflexivity and Social Mobility*, Cambridge University Press, Cambridge, 2007, 352 págs.

El contexto social y cultural influye poderosamente sobre los modos de pensar y actuar de las personas. Esta afirmación es, para casi todas las corrientes de teoría social, una obviedad. El contexto influye. Sí, pero ¿cómo? Abundan las teorías que subrayan la influencia de las condiciones sociales y culturales hasta olvidar o ignorar que las personas son agentes activos. En los últimos años, autores como Ulrich Beck, Zygmunt Bauman, o Scott Lash han propuesto la tesis de la “sociedad reflexiva”,

RESEÑAS

en la que los individuos estarían obligados a ser independientes pues su contexto socio-cultural está ahora desestructurado. Sin embargo, esa “reflexividad” parece ser sólo una metáfora, en la que los individuos siguen a merced de los avatares externos.

Margaret Archer ha estudiado ampliamente las conexiones entre cultura, estructura y acción social (*Realist Social Theory: The Morphogenetic Approach*, 1995; *Culture and Agency: The Place of Culture in Social Theory*, 1998; *Being Human. The Problem of Agency*, 2000). En el presente libro, avanza un paso más en sus propuestas. Para ello, plantea un análisis detallado de cómo las personas ejercen realmente su condición de sujetos reflexivos, capaces de discernir lo que consideran importante, deliberar sobre los medios a su disposición y decidir sus actuaciones, anticipando y previendo las consecuencias que esas acciones tendrán sobre sí mismos y sobre la sociedad. Apoya sus argumentos en el análisis de treinta y cinco historias de vida, de personas de muy distinto origen, situación y trayectoria. Mediante ingeniosos y brillantes relatos propone al lector una inmersión en la realidad vivida por gente real, en sus preocupaciones fundamentales, deliberaciones, cursos de acción y *modus vivendi* resolutores.

Entre las muchas formas de “conversación interior” que mantienen consigo mismas, las personas reflexionan sobre las condiciones que encuentran, sobre los límites y restricciones a sus proyectos y sobre las facilidades y oportunidades que aparecen.

No todos reaccionamos de la misma forma ante las presiones sociales, ni ejercemos nuestra capacidad reflexiva de la misma manera. Estudiar la relación entre nuestra forma de reflexionar, nuestros planes de acción y las consecuencias que se generan para nuestro contexto social no es fácil. Más difícil aún es hacerlo en manera teórica, en abstracto. Por eso, Archer centra su enfoque en la relación entre conversación interior y trayectoria profesional. A través de las narraciones de sus entrevistados, la autora va hilvanando diversos tipos de reflexividad con diversas estrategias ocupacionales.

Los sujetos “comunicativos” son los que tienden a exteriorizar sus pensamientos y contrastar con “otros significativos” sus deliberaciones y decisiones antes de actuar. Ello implica confianza y respeto hacia los consultados, y suele generar conformidad. La reflexión “comunicativa” surge en un contexto de continuidad, en el que el sujeto valora sus relaciones familiares, de amistad o vecindad por encima de oportunidades laborales

RESEÑAS

que le alejen de un origen en el que se halla integrado. Consecuencia de esto es su propia inmovilidad ocupacional.

Los “autónomos” son más independientes, tienden a no compartir sus pensamientos ni buscan aprobación ajena. Son más innovadores y aceptan el riesgo de decidir un curso de acción en solitario. Aspiran a un continuado ascenso profesional. La autoestima es su principal valedora al organizar sus metas y establecer un *modus vivendi*. Es frecuente que hayan desarrollado su carácter en un contexto natal discontinuo, en el que experimentaron cambios familiares, de residencia o de amistades, incluida la experiencia de la soledad. La reflexividad “autónoma” se afianza por el éxito, pronto o tardío. Los autónomos desarrollan un pensamiento estratégico respecto a su contexto social, capaz de valorar, enfrentar y aprovechar restricciones y facilidades para adecuar los propios proyectos y lograr una mejora real. Unos son más prudentes, otros más oportunistas, algunos son más ambiciosos, otros “saben cuando parar”, con frecuencia a instancias de sus cónyuges o familiares.

Los “críticos” (*meta-reflexives*, en el original) son los que tienden a evaluar su propia conducta y logros, conscientes del influjo del entorno sobre sus proyectos. Con frecuencia les resulta difícil definir un *modus vivendi* satisfactorio para sí mismos pues tienden a considerar insuficiente la situación alcanzada. Los “críticos” viven guiados por sus ideales, a los que dan gran importancia. Perfeccionistas, siempre descontentos consigo mismos y con la sociedad, siempre quieren hacer más. Son portadores de diversas formas de “racionalidad sustantiva” y, como tales, no buscan tanto el ascenso en su profesión como la mejora de sí mismos y de su entorno de acuerdo con sus criterios de valor. Es frecuente en ellos la movilidad lateral, el cambio de ocupación o de carrera, o como dice Archer, la “volatilidad” profesional, a la búsqueda de una mejor realización efectiva de sus aspiraciones.

Los “fragmentados” son agentes pasivos, que se han visto abrumados por la situación en que se encuentran y apenas son capaces de organizar sus proyectos y trazar planes de acción. La reflexión sobre sus metas y las dificultades para lograrlas sólo les producen malestar y desorientación social.

Para la autora, la mayor o menor presencia de estos tipos de reflexividad guarda conexión directa con el cambio social. La modernización parecía haber originado mayor frecuencia de sujetos autónomos, pero son los cambios vertiginosos de la era de la globalización los que sí están erradicando la continuidad como posibilidad de vida para las nuevas ge-

RESEÑAS

neraciones. La autonomía reflexiva no es sólo una opción cercana sino sobre todo una tarea inevitable. Con todo, el tipo más propio de nuestra situación es el “crítico”. En efecto, la accesibilidad a la información y a perspectivas culturales alternativas, propias de la era digital, favorece en mayor medida la aparición de nuevos y numerosos sujetos “críticos” con la sociedad actual. Éstos, mediante proyectos singulares o adscritos a movimientos globales —a favor de la paz, la ecología, el comercio justo, etc.— realizan formas variadas de racionalidad sustantiva según sus convicciones, aún a costa de un supuesto éxito profesional de tipo convencional. Los valores en que se apoya este éxito convencional no son los únicos realmente admitidos ni, según la autora, tienen garantizada su continuidad.

En definitiva, este libro nos brinda una explicación, bien fundada y profusamente ilustrada, de cómo los seres humanos se abren camino en la sociedad. Evita las simplificaciones típicas de la teoría de la elección racional y va más allá de las metáforas del discurso de la modernidad “líquida”. En un acertado anexo metodológico explica cómo y por qué propone una conceptualización propia, a mi juicio, rigurosa y oportuna, de la reflexividad humana. Apoyada en un material empírico de notable interés ilustra las condiciones y formas en que ésta se ejerce y escudriña su conexión con el cambio social. Abre así, las puertas a una sociología centrada no sólo en estructuras y modelos, sino sobre todo en personas de carne y hueso. Sin duda, un libro que merece la pena leer.

Pablo García Ruiz
Universidad de Navarra
pgruiz@unav.es

BERTOLA, Giuseppe — FOELLM, Reto — ZWEIMÜLLER, Josef, *Income Distribution in Macroeconomics Models*, Princeton University, Princeton, 2006, 417 págs.

Distribución de renta en los modelos macroeconómicos, es un claro ejemplo del *giro pragmático* operado en la metodología científica en el modo de enjuiciar los numerosos factores *micro-* y *macro-económicos* que de un modo *imponderable* pueden terminar afectando a sus respectivos modelos teóricos. En este caso Bertola, Foellmi y Zweimüller analizan el posible impacto que la *redistribución* microfactorial de la renta

RESEÑAS

puede acabar ejerciendo sobre las expectativas de crecimiento de un sistema macroeconómico, así como sobre la ulterior aminoración de los habituales desequilibrios existentes entre ricos y pobres. Se recupera así un tema de gran calado en el liberalismo económico desde tiempos de David Ricardo, pero que hoy día se ha vuelto a replantear desde una óptica post-keynesiana con motivo de la conocida curva de Kuznets. En este caso se justificó la necesaria pervivencia de fuertes desigualdades en la redistribución *microfactorial* de la renta en una primera fase de recuperación económica, dejando para un momento posterior la posibilidad de un reparto más equitativo entre los diversos agentes económicos por obra de las correspondientes ingenierías financieras.

Sin embargo, ahora se considera la necesidad de tener en cuenta la *imponderable* incidencia de numerosos factores microeconómicos que retrotraen la justificación de los modelos macroeconómicos del liberalismo clásico a un momento previo que tenga en cuenta la posible presencia de situaciones de incertidumbre o de aleatoriedad, sin tener que modificar por ello los habituales parámetros macro-económicos de los modelos clásicos. Se analiza así el posible impacto de determinados factores microfactoriales por ser un requisito previo que legitima y condiciona la ulterior aplicación de un determinado modelo macroeconómico. Al menos así sucede con los criterios de *redistribución de la renta*, sin tomarlos ya como un simple accidente sobrevenido y en sí mismo imponderable externo al sistema. En su lugar más bien se trata de comprobar la posible incidencia de numerosos factores microestadísticos de la economía familiar en el sistema macro-económico, dando lugar a dos posibilidades: o bien se formalizan como si se tratara de factores homogeneizables mediante la posterior aplicación de un cálculo diferencial, siguiendo a su vez los patrones habituales de los cálculos macro-económicos, aunque simultáneamente se genere un ámbito de imponderabilidad creciente respecto a sus posteriores aplicaciones de tipo práctico; o bien se reconocen desde un principio las limitaciones inherentes a un modelo de homegeneización como el antes postulado, reconociendo la imponderabilidad del modelo teórico hasta entonces usado e iniciando en su lugar una revisión del modelo de crecimiento y de redistribución de la renta hasta entonces seguido, como ahora sucede con la curva de Kuznets.

La *redistribución de la renta* pasa así a ser considerada como un factor micro-económico que obligó a revisar los patrones macroeconómicos de crecimiento hasta entonces utilizados, sin tomarla ya como un simple efecto secundario e inevitable del modelo macroeconómico considerado.

RESEÑAS

En su lugar la redistribución se tomó más bien como un objetivo prioritario de la *política económica* que a su vez nos obliga a revisar los modelos de crecimiento y de bienestar en cada caso utilizados, siempre que se admita la posibilidad de corregir este tipo de *errores imponderables*, ya sean de tipo macro- o micro-económico. A este respecto se postula para todo potencial consumidor un comportamiento micro-económico homogéneo, justificando así la tendencia al ahorro en nombre de una dinámica de desarrollo a largo plazo en sí mismo infinita, o al menos ilimitada. Al menos así sucedió en el modelo macro-económico de crecimiento propuesto por “Ramsey-Cass-Koopman”, siguiendo a su vez las propuestas metodológicas del ‘Nuevo dualismo’ de Hempel. Sin embargo ahora este modelo se complementa con la así llamada ley de Engel, según la cual, el crecimiento micro-económico de la renta relativa genera a su vez un decrecimiento del nivel de consumo y una subsiguiente mayor tendencia al ahorro, postulando un comportamiento homogéneo por parte del consumidor muy distinto al propuesto cuando la redistribución de la renta se mantiene homogénea.

Habitualmente los modelos macro-económicos de crecimiento han resuelto esta paradoja contraponiendo ambas propuestas en la forma antes indicada por la curva de Kuznets. Sin embargo ahora se rechaza una conclusión tan precipitada que no tiene en cuenta la posible complementariedad entre ambos factores *micro- y macro-económicos* en sí mismos imponderables. En su opinión, este cambio de punto de vista fue el detonante del *giro pragmático* que hoy día se ha producido a la hora de conceptualizar las más habituales correlaciones entre los factores macro- y micro-económicos, tomándolos indiscriminadamente como en sí mismos imponderables, y dejando abierta la posibilidad de una complementariedad mutua. Por eso ahora también se revisa la dependencia que los modelos económicos clásicos establecían entre los recursos acumulados (capital) y no acumulados (trabajo), o entre trabajo y ocio, o entre consumo familiar y ahorro productivo, o entre renta inmovilizada del capital e inversión en innovación tecnológica, o entre horizonte limitado de expectativas y horizonte ilimitado con solapamiento de generaciones, llegando a una misma conclusión: en ningún caso estos factores macro- o micro-factoriales se deben considerar ya un efecto secundario o no deseado del modelo económico, cuando se trata más bien de un tipo de relaciones elementales previas, cuya formalización inicial condiciona el posterior desarrollo del conjunto indivisible del modelo económico.

RESEÑAS

Para concluir una reflexión crítica. ¿La imponderabilidad de los factores micro- y macro-económicos después de Keynes sólo sucede en el caso de la *redistribución de la renta*, o habría que extrapolar esta misma consideración a otros muchos problemas de *política económica*? ¿El *cálculo de derivadas* es el procedimiento más idóneo para abordar la incidencia de los factores subjetivos en la resolución de este *doble tipo de errores en sí mismos imponderables*, o no sería mejor aplicar un cálculo de *probabilidades subjetivas* o cálculo de Bayes, como acabaron aceptando Ramsey y Hempel?

Carlos Ortiz de Landázuri
Universidad de Navarra
cortiz@unav.es

BERTOLACCI, Amos, *The Reception of Aristotle's Metaphysics in Avicenna's Kitāb al-Šifā'. A Milestone of Western Metaphysical Thought*, Brill, Leiden-London, 2006, 675 págs.

Amos Bertolacci, actualmente Profesor de la Scuola Normale Superiore (Pisa), es doctor en Filosofía por la Universidad de Florencia (1998) y doctor en Lenguas y Civilizaciones de Medio Oriente por la Universidad de Yale (2005); ha publicado diversos trabajos sobre la metafísica de Avicena y su recepción en la escolástica latina.

Esta obra se propone estudiar las fuentes y la génesis de la parte metafísica del *Šifā'*, esto es, el *Ilāhiyyāt* (Ciencia de las cosas Divinas) que será conocido en el mundo escolástico. El estudio de Bertolacci muestra la naturaleza del texto aviceniano: “reforma y abandono, continuidad y ruptura, tradición e innovación; estas dos actitudes de Avicena frente a la *Metafísica* de Aristóteles, la esencia de su *interpretación* de este trabajo” (ix). Este es fundamentalmente el objetivo de esta obra, el de revelar este aspecto particular del texto aviceniano, mostrando las distintas fuentes y la elaboración de una metafísica propia partiendo de la tradición aristotélica.

El desarrollo del estudio se realiza en tres partes, compuestas por once capítulos más seis apéndices. Entre los once capítulos encontramos algunos artículos que el autor había publicado en distintas revistas en años anteriores.

RESEÑAS

En la primera parte del libro, *La recepción árabe de la Metafísica anterior a Avicena*, se hace un estudio pormenorizado de las distintas traducciones árabes de la obra aristotélica disponibles en tiempos de Avicena, identificando, por medio de las citas que Avicena realiza, las versiones a las que había tenido acceso. Justamente como conclusión de estos estudios se comprende el famoso fragmento de la autobiografía y la relevancia del encuentro con el texto de Alfarabí durante el primer período de la vida intelectual de Avicena, que Bertolacci denomina la etapa de estudiante. Avicena tenía una concepción *teologizante* de la metafísica, siguiendo a Alkindí, y consideraba tan solo los libros II, 1-2 y XII, 6-10. En su segunda etapa, en la que descubre en el texto *Fi Agrad* de Alfarabí—donde se describe la composición de la *Metafísica* de Aristóteles—, Avicena no sólo comprende que la *Metafísica* está integrada por un campo más amplio que el teológico, sino que también lo une a toda la tradición peripatética. Este “despertar” a la perspectiva *ontologizante*—siguiendo a Alfarabí— no hizo sin embargo que abandonara el desarrollo metafísico de la parte *teologizante*—siguiendo a Alkindí— entre los libros VIII-X, 3.

En la segunda (*El perfil científico de la Metafísica de Aristóteles según Avicena*) y tercera (*El contenido de la Metafísica de acuerdo a Avicena*) parte del libro, el tema fundamental es el estatus científico de la metafísica, profundizando sobre las cuestiones del sujeto-objeto, el método y el lugar de la metafísica entre las ciencias. Todas estas cuestiones las analiza de una manera exhaustiva sin dejar de destacar no sólo el uso del texto aristotélico, sino también las distintas fuentes tanto de autores peripatéticos (Alejandro de Afrodisia, Temistio o Alfarabí), como neoplatónicos (en el caso de los libros apócrifos de Aristóteles *Liber de Causis*—Porfirio— o la *Teología de Aristóteles*—Plotino). Así termina de conformar el difícil rompecabezas de las fuentes del *Illāhiyyāt* de Avicena, hijo de un texto sistemático que busca la composición de una ciencia.

En los seis apéndices el autor nos adelanta los trabajos que ha realizado con vistas a una futura edición crítica. Entre ellos encontramos por ejemplo correcciones al texto impreso del Cario, un índice de autores y trabajos citados o una revisión de las obras fundamentales de Avicena sobre metafísica en orden cronológico.

El libro de Bertolacci es un material ineludible para introducirse en la obra de Avicena. Al finalizar su lectura se comprenderá la relevancia de la obra aviceniana en la historia de la metafísica. Así también se comprenderá la dificultad que encierra la extraña trama de influencias en la

RESEÑAS

elaboración de la metafísica que se desarrolla entre occidente y el cercano oriente, la cual exige un estudio serio como el que se lleva a cabo en el presente libro.

Francisco O'Reilly
Universidad de Navarra
fo@alumni.unav.es

EGIDO SERRANO, J., *Tomás de Aquino a la luz de su tiempo. Una biografía* (Ensayos, 277: Encuentro, Madrid, 2006), 599 págs.

Esta extensa biografía de Sto. Tomás destaca por su intento de situarle en un amplio contexto histórico: los hechos históricos de la época, el contexto socioeconómico, etc. El intento, sin embargo, adolece de dos defectos. Primero, la insuficiente preparación del autor, según veremos. Segundo, su finalidad claramente ideológica, que intenta asimilar a Tomás a una especie de teólogo *progresista* de los años setenta. Parecería que el libro no se ha escrito a partir de los datos disponibles, sino que el autor ha adaptado sus lecturas a una tesis previamente establecida. Quizás por ello, desacredita de entrada estudios previos, afirmando que “nadie” antes habría intentado escribir una biografía “suficientemente densa” y “completa” de Sto. Tomás para el lector culto medio (p. 42). Es más: la “mayoría” de los biógrafos de Tomás habrían escrito “fantasiosos relatos imaginativos, hagiográficos y ensalzadores” (p. 22), “contaminados por demasiados prejuicios”. De estas obras “casi” sólo podría retenerse como indudablemente verdadero “lo que de algún modo perjudica nuestra buena imagen de Tomás” (p. 33). Graves descalificaciones, que no son debidamente justificadas. Pese a ellas, el autor se guía básicamente por biografías anteriores, no por el estudio pormenorizado de las fuentes históricas, que ni parece conocer bien ni tampoco emplea mucho: para comprobarlo, basta recorrer las notas del libro (pp. 551-599). No obstante su desconfianza de todo relato laudatorio, Egido considera “fuertemente verosímiles” las biografías de Tocco, Gui y Calo porque coinciden “con lo que sabemos por otras fuentes” (p. 35). Querriamos saber cuáles son, pero no se las detalla; ni está claro por qué son importantes Gui y Calo, sobre todo tras la edición crítica de Tocco por Le Brun, que nuestro autor incluye en la bibliografía, pero no emplea. Tampoco parece conocer bien la importante colección de documentos históricos de Laurent, que llega a mencionar dos

RESEÑAS

veces en la misma página como si se tratase de series distintas (p. 36). Los estudios sobre la doctrina tomista tampoco son conocidos ni empleados por Egido, que se justifica tachándolos de “aburridos” (p. 27). En cuanto a los escritos del propio Tomás, le parece “punto menos que imposible” acercarse a ellos con simpatía (p. 24). No conoce bien la edición crítica leonina (cf. p. 554, nota 28), y sus pocas citas suelen ser de traducciones en castellano, a veces en publicación de saldo. Egido llega a confundir el capítulo 224 del *Compendium Theologiae* con un imaginario cap. “CCXXXII bis” (sic) y, como no encuentra éste en alguna edición, inventa una conspiración de los “editores católicos” del *Compendium* (en universal) para escamotear el texto con aviesa intención (pp. 30 y 552, notas 5-6). El libro, en fin, abunda en caricaturas y descalificaciones sumarias (p. ej., 27, 29, 41, 49, 53 ...). Sorprende encontrar esta obra de tan escaso rigor, y tan agresiva, en el catálogo de una editorial solvente como Encuentro. En cualquier caso, los lectores siguen disponiendo de las universalmente acreditadas biografías de Sto. Tomás por Torrell y Weisheipl, ambas editadas en castellano.

Enrique Alarcón
Universidad de Navarra
ealarcon@unav.es

GIBSON, John — HUEMER, Wolfgang (Hrsg.); *Wittgenstein und die Literatur*, Suhrkamp, Frankfurt, 2006, 518 págs.

Wittgenstein y la literatura analiza las peculiares relaciones que Wittgenstein estableció entre su peculiar filosofía del lenguaje y la *teoría literaria* a lo largo de los dos períodos de su filosofía. En efecto, esta posibilidad parece quedar abierta una vez formulado el principio programático del *Tractatus* de que la filosofía debería callarse respecto de aquello que no puede ser dicho, teniendo que utilizar como única herramienta válida el análisis del lenguaje y ahora también la *teoría literaria*. En cualquier caso los límites de la filosofía vendrían marcados por el análisis del lenguaje y de la propia *teoría literaria*, siendo este procedimiento *terapéutico* de demarcación de límites y de aclaración del uso del lenguaje el único procedimiento a fin de evitar el ulterior *embrujo* al que la filosofía parece estar condenada. Por su parte en *Investigaciones Filosóficas* invertirá con un marcado sentido autocrítico sus anteriores

RESEÑAS

reflexiones sobre el uso *terapéutico* del análisis del lenguaje y de la teoría literaria, anteponiendo la necesidad de una *gramática profunda* que a su vez nos permita salvar los numerosos engaños que a pesar de todo este tipo de propuestas programáticas pueden seguir produciendo. De ahí que en esta segunda época ya no se presuponga la existencia de un lenguaje o una *teoría literaria* ideal, perfecta y compartida por todos, cuando ambas se rigen por reglas meramente ficcionales, aunque ahora se disponga de una *gramática profunda* capaz de denunciarlo. Huemer resalta en la introducción las numerosas referencias de Wittgenstein a los artistas y compositores musicales de su época, manteniendo un permanente diálogo con la teoría literaria a través de toda su trayectoria intelectual.

Para alcanzar a estas conclusiones la obra colectiva recoge 21 colaboraciones divididas a su vez en cinco partes: 1) *La filosofía como literatura y la literatura como filosofía*, analiza las peculiares relaciones que el método analítico estableció entre teoría literaria y filosofía de la literatura, destacando siete puntos: la *estética cotidiana* como método específico de indagación de la gramática profunda autorregulada de *Investigaciones Filosóficas*, las dificultades de la traducción poética, el sentido con que se usó la metáfora de la escalera y del laberinto, el valor terapéutico de la escritura, la relación mimética existente entre los mundos de ficción y el mundo real, o la legibilidad del mundo de la vida, que ahora desarrollan Cavell, Perloff, Schalkwyk, Gould, Harrison y Gibson;

2) *Leer con Wittgenstein*, analiza el progresivo descubrimiento de la legibilidad del mundo de la vida a través del análisis del lenguaje, destacando cuatro puntos: el análisis descomprometido de los problemas morales (Diamond), el papel de los signos lingüísticos (Schulte), la importancia de los hechos (Sedivy) y de la interpretación en la lectura de un texto (Stone);

3) *La literatura y los límites del yo y del sentido* analiza el lugar desempeñado por la poesía y la autobiografía en el conocimiento de la vida privada (Eldridge) o en la elaboración de la imagen interna de uno mismo (Hagberg), la función del monólogo y del diálogo (Guetti) o el posible reconocimiento de las perturbaciones mentales (Read);

4) *La ficción y el 'Tractatus'* analiza el lugar de la teoría literaria a la hora de separar los hechos de las ficciones (Burri), y de la identificación de su correspondiente lógica (Jacquette);

5) *Una más amplia perspectiva* analiza la posibilidad de aplicar el método analítico de Wittgenstein a la estética y a la filosofía del arte (Margolis);

RESEÑAS

Para concluir una reflexión crítica. La mayoría de las colaboraciones pretende justificar la extrapolación a la teoría literaria de los planteamientos iniciales de Wittgenstein respecto del análisis del lenguaje. Sin embargo la teoría literaria y del arte de Wittgenstein tuvo una vida propia, que en ocasiones le hizo revisar sus propios planteamientos filosóficos. Y en este sentido cabría preguntarse: ¿Cabe interpretar la evolución intelectual de Wittgenstein desde categorías artísticas y literarias sin hacerla depender de las propuestas programáticas de un previo análisis lingüístico? ¿Se puede hablar de una evolución de la *teoría literaria* de Wittgenstein desde el *Tractatus* a las *Investigaciones*, a partir del reconocimiento en el *Tractatus* del papel del psicoanálisis en los procesos de interpretación, o del descubrimiento en *Investigaciones* del mecanismo ilusionista de la doble figura pato-conejo, o a partir de los escritos posteriormente recogidos en *Cultura y Valor*? ¿Inició Wittgenstein una interpretación *ilusionista* y *autocensurada* de la teoría literaria y del psicoanálisis que se contrapone a la interpretación *mimética* y antropológico-cultural de autores como Girard?

Carlos Ortiz de Landázuri
Universidad de Navarra
cortiz@unav.es

LEVINSON, Jerrold, *Contemplating Art. Essays in Aesthetics*, Oxford University, Oxford, 2006, 423 págs.

Contemplando el arte. Ensayos de Estética, aborda la *paradoja de los artificios ilusionistas* cuyo simple reconocimiento como meras *ficciones* no les impide asignarles una gran verosimilitud, siempre que se utilicen adecuadamente los artificios de simulación o de convención correspondientes. Según Jerrold Levinson, el arte contemporáneo posterior a 1950 ha hecho una interpretación equivocada de la anterior *paradoja de los artificios ilusionistas*, atribuyéndoles una verosimilitud en sí misma *ficción* y considerando la obra de arte como si se tratara de un simple artefacto, sin pararse a *contemplar* el grado de *ilusionismo* en cada caso alcanzado. En su opinión, el origen de este malentendido se debió al progresivo distanciamiento que Artur Danton, o aún antes en Nelson Goodman, mantuvieron respecto de la primacía que Gombrich otorgó al arte figurativo clásico respecto del arte posterior a 1950 en virtud de este

RESEÑAS

tipo de *artificios ilusionistas*. En su lugar Danton y Goodman atribuyeron al arte posterior a 1950 el recurso a un tipo de artificios meramente lingüísticos que les permitió otorgar a la obra de arte un creciente poder “transfigurador” del sentido ordinario inicialmente dado a un objeto vulgar, por ejemplo, los “*ready-made*” de Duchamp. De este modo se asignaría a objetos aparentemente vulgares un valor artístico verdaderamente extraordinario, ampliando enormemente las posibilidades de la creatividad artística. Las obras de arte posteriores a 1950 se enjuiciarían en virtud de la aceptación compartida y mayoritaria suscitada por parte del mundo del arte, concibiendo la obra de arte con un simple artefacto similar a los demás, sin establecer una clara delimitación entre ellos.

Para Levinson a la obra de arte se le atribuyen un conjunto de *rasgos estéticos* que tienen un origen histórico muy preciso y la distinguen de los meros artefactos. Especialmente así ocurre en el caso de la *música*, donde el descubrimiento histórico de determinados *artificios ilusionistas* habría permitido el logro de una creciente verosimilitud en el modo de identificar los sentimientos humanos, como ahora se ilustra a través de numerosos ejemplos. Además, se establece un paralelismo entre los *artificios ilusionistas* específicos de la pintura, de la música y de las así llamadas artes figurativas en general. Con este fin se recurre a distintos textos de Wittgenstein en *Cultura y valor*, o del propio Gombrich en *El sentido del orden*, donde habrían propiciado un mestizaje entre los distintos estilos y especialidades artísticas, sin perder por ello sus peculiaridades figurativas. Se extrapoló así para la totalidad de las artes un tipo de *artificios ilusionistas* básicos que, como especialmente ocurrió con la *dobles figura* pato-conejo de Wittgenstein, o con el *caballo de madera* de Gombrich, permitieron darles distintos usos psicológicos, figurativos, simbólicos o meramente ornamentales, según la especialidad y el estilo artístico que en cada caso se tratara. Por su parte Levinson recurrirá a la *estética* de Schopenhauer y a los *criterios del gusto artístico* en Hume, presentes también en Nietzsche, Bergson, Wittgenstein o Langer, para dar un paso más: justificar la capacidad de *empatía* compartida asignada a estos *artificios ilusionistas* más básicos en virtud de una *psicología del arte* común a todos los estilos y especialidades artísticas, a pesar de ser entonces cuando también se originó un ficcionalismo artístico aún más paradójico.

Para justificar estas conclusiones la obra se compone de siete partes y 24 capítulos: la parte 1) *Arte* reconstruye los debates originados por la anterior *paradoja ficcionalista de los artificios ilusionistas*, destacando cuatro puntos: la irreductibilidad histórica del concepto de arte, la sepa-

RESEÑAS

ración entre artefactos y obras de arte; las emociones como respuesta válida a las manifestaciones artísticas; el debate con Elster sobre el carácter inventado o históricamente dado de los artificios figurativos e simbolistas de la creatividad artística;

2) *Música* muestra los artificios ilusionistas utilizados en común con otras artes, destacando siete cuestiones: la capacidad de expresar emociones a través de los sonidos, los gestos o el espacio; la sonoridad como condición inherente a la expresividad musical; las posibilidades y las limitaciones hipotéticas de una música meramente visual; la música como narrativa y como drama; el peculiar carácter narrativo de la música cinematográfica; la evaluación de los artificios ilusionistas musicales; el papel de la teoría musical; la razón de ser de los emotivos escalofríos musicales;

3) *Pintura* justifica el papel habitualmente asignado a los artificios ilusionistas en las artes figurativas, destacando tres problemas: la polémica con Wollheim y Budd sobre la prioridad que ya Gombrich otorgó al “ver-en” ilusionista (“trompe-oeil” o “ver proyectivo”) respecto de la simple visión a secas de la tabla en sí, como un mero artefacto; la delimitación del arte erótico respecto del meramente figurativo, por un lado, y respecto de la pornografía o la fotografía, por otro, en virtud de los anteriores criterios;

4) *La Interpretación* analiza el papel de la narrativa literaria a la hora de enjuiciar las obras de arte, destacando tres aspectos: las dos nociones de interpretación, según se refiera a unos hechos determinados o también se intente de explicar la intención con que se hicieron; el posible sentido de la metáfora y la paráfrasis en la narración literaria y en el simbolismo pictórico o musical, siguiendo a Davidson y Wittgenstein; finalmente, el debate sobre la doble intencionalidad hipotética de una obra de arte, según se tome el lienzo como un simple hecho o también trate de reflejar las intenciones con que se hizo;

5) *Propiedades estéticas* localiza los rasgos inherentes a cualquier obra de arte, destacando dos cuestiones: la atribución de una fuerza y de una sensibilidad *estética* en virtud del grado de verosimilitud alcanzado por los artificios ilusionistas utilizados en cada caso; la caracterización de las propiedades artísticas como resultado de un proceso histórico-cultural altamente sofisticado;

6) *Historia* justifica los presupuestos metafísicos y psicológicos de la teoría del arte, especialmente dos: la *psicología estética* de Shopenhauer y los criterios del *gusto artístico* de Hume, a pesar de que ninguno logrará dar

RESEÑAS

una respuesta satisfactoria de la *paradoja ficcionalista* que sus propuestas originaron;

7) *Otros asuntos*, examina la importancia de este tipo de artificios ilusionistas a través de dos tipos de actividades aparentemente marginales al arte, a saber: la cuestión del *humor* y la referencia a ciertos valores intrínsecos, incluida la propia creatividad artística, de los que la noción de *vida* ya no puede separarse.

Para concluir tres reflexiones críticas. Según Levinson, la *contemplación artística* exige valorar correctamente la peculiar naturaleza *ficcional* atribuida a los *artificios ilusionistas*, ya se refiera al arte figurativo clásico o al arte no-figurativo posterior. Pero precisamente aquí surge el interrogante: ¿el arte no-figurativo posterior a 1950 no recurrió a otros artificios artísticos aún más básicos, como pudo ser el “aparecer de un resplandor” señalado por Heidegger, sin conformarse con las estrategias figurativas que, según Wittgenstein y Gombrich, caracterizaron el arte clásico? ¿No se podría justificar la distinción entre la obra de arte y el artefacto en virtud de otro tipo de presupuestos existenciales inherentes a este otro tipo de artificios artísticos, como recientemente Paskow ha criticado a Levinson? (cf. Paskow, Alan; *The Paradoxes of Art. A Phenomenological Investigation*, Cambridge University Press, Cambridge, 2004). Finalmente, ¿se puede seguir hablando de la paradoja del *ficcionalismo artístico* si el arte posterior a 1950 se puede seguir justificando mediante el mismo tipo de artificios ilusionistas que el arte figurativo anterior?

Carlos Ortiz de Landázuri
Universidad de Navarra
cortiz@unav.es

LLANO, Alejandro, *En busca de la trascendencia. Encontrar a Dios en el mundo actual*, Ariel, Barcelona, 2007, 165 págs.

El autor de este libro capta el interés del lector desde la primera página: comienza con una letra inquietante de *Siniestro Total* que canta la irrenunciable interrogación humana por el sentido de su existencia. A partir de ahí, Alejandro Llano advierte en el prólogo que la cuestión clave es la esperanza en Dios y en la vida eterna. Añade también —y es lo que otorga mayor interés a su discurso— que, aunque la fe es su clave vital, en el libro se desgranar argumentos exclusivamente racionales.

RESEÑAS

La exposición de las pruebas que facilita la razón se suceden a lo largo de tres capítulos bien hilados, que discurren de forma entretenida gracias a su conversación con la parte de sí mismo que todos llevamos dentro al adentrarnos en temas complicados y decisivos. Así, las dudas y las posibles objeciones cobran forma de interlocutor bien informado que tiene el importante papel de hacer también visibles las piedras que podemos encontrar en el sendero racional. El lenguaje empleado es sencillo y claro, aunque, dada la complejidad del tema, se hace inevitable que, en alguna ocasión, resulte algo difícil para un lector no entrenado en cuestiones de índole filosófica. Sin embargo, ello no es obstáculo para poder seguir el significado general de la obra.

A lo largo del primer capítulo se plantean temas antropológicos fundamentales como la búsqueda del sentido, la felicidad, el acceso al conocimiento y la verdad, o la naturaleza humana. Estas cuestiones tienen la finalidad de preparar el terreno al segundo capítulo centrado ya en la demostración de la existencia de Dios, revisando principalmente el argumento cosmológico y la aportación y los límites de la ciencia. En el tercer capítulo, a partir de la distinción fundamental entre “evolución creadora” y “creación evolutiva”, el autor ilumina la comprensión de la conciliación entre evolución y creación, y explica el carácter distintivo propiamente humano. Sólo a partir de ahí puede surgir la pregunta sobre la inmortalidad del alma y lo que el ser humano puede esperar. Al final, en el epílogo, Alejandro Llano retoma la importancia de la fe como motor impulsor y potenciador de la inteligencia, pero nunca como sustituto de ésta en el acceso al conocimiento de la existencia de un Ser Supremo.

A lo largo del libro se entrevé en diversos momentos que la articulación de fe y razón está lejos de entenderse como una amalgama interesada para sobrevivir en el enigma de la existencia. La fe no puede ser nunca el comodín de la razón, ni ésta el báculo de la fe. Ambas pertenecen a planos diferentes, pero complementarios, sin que ello suponga el que una sirva para paliar las carencias de la otra. Lo esencial es que la libertad e inteligencia, que hacen al ser humano constitutivamente diferente del resto de los seres, pueden arriesgarse, con el don de la fe y el esfuerzo intelectual, a la aventura de creer en la inmortalidad del alma y la existencia de Dios y encontrar pruebas racionales para hacerlo. Como es lógico, las mismas pruebas racionales no convencen por igual al que tiene fe y al que no la tiene. Ello no resta, sin embargo, el valor a tales argumentos, pues lo mismo ocurre en todos los órdenes. La música, por terminar como el comienzo de este magnífico libro, la entiende y aprecia más

RESEÑAS

quien ya está familiarizado con las notas musicales y la dificultad de la composición. Del mismo modo, y sin afirmar que otros no la comprendan, esta obra será, sin duda, más disfrutada por quienes ya posean oído trascendental o quieran educarlo.

Beatriz Sierra y Arizmendiarieta
Universidad de Oviedo
bsierra@uniovi.es

MONTES SERRANO, Carlos, *Cicerón y la cultura artística del Renacimiento*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, Valladolid, 2006, 176 págs. y 59 ilustraciones.

El presente libro trata de teoría del arte, de estética y de historia de las ideas. Su título recuerda al de Jacob Burckhardt, *La cultura del Renacimiento en Italia*, y de hecho tiene mucho en común con aquel libro, que tanta importancia llegaría a tener para la naciente historia del arte. Pero a diferencia de Burckhardt, el profesor Montes evita los grandes planteamientos que intentan explicar el fenómeno del Renacimiento italiano a partir de una visión global de la cultura y de la sociedad. Por el contrario, aborda un tema muy puntual: la posible influencia de los tratados de Retórica de Cicerón en los escritos del arte del Renacimiento, y la Gifusión de estas ideas en la cultura clásica durante los dos siglos siguientes.

Como bien narra el autor, la retórica fue el gran arte de la antigüedad romana, muy por encima de la arquitectura o de la escultura. De hecho, es la única manifestación artística que llegó a desarrollar una historia y una literatura propia. El gran artífice de ello fue Cicerón, a través del *Brutus*, *De Inventione*, *Orator* y *De Oratore*, tratados que dejarían una fuerte impronta en Alberti y otros humanistas del *Quattrocento*, tras descubrirse una versión íntegra de estos textos en la catedral de Lodi en 1421.

En los dos primeros capítulos Carlos Montes expone lo que podemos entender como la teoría del arte de la retórica y los cauces de difusión en el primer Renacimiento. De los comentarios de Cicerón, el autor otorga especial importancia al concepto de expresividad. La oratoria debía deleitar, convencer y mover los ánimos de los oyentes, por lo que era imprescindible calibrar los distintos efectos expresivos a lograr con la forma y el contenido del discurso, o a través de los recursos gestuales propios de la declamación en público. Desde sus reflexiones en torno a la expresividad,

RESEÑAS

Cicerón elaborará un amplio conjunto de ideas que tendrá una gran vitalidad en el pensamiento artístico del Renacimiento: la existencia de distintos estilos, el decoro, la contención clásica, la licencia frente a las normas asumidas, la *dissimulatio artis* y la *facilitas*, entendida esta última como intento de simular una aparente facilidad en el discurso hablado.

En resumen, Cicerón admitía el empleo de los estilos declamatorios en boga —el sublime y el ático—, con tal de que el orador respetase los principios del decoro y las reglas acuñadas en la tradición de su arte. Con todo, advertía que el decoro siempre exigía una cierta contención en el empleo de los recursos, pues no todo estaría permitido, y los excesos en una dirección u otra serían propios de personas poco cultivadas, sin gusto, bárbaros o vulgares. Ahora bien, su idea dinámica del estilo declamatorio —como algo vivo, adaptable a cada época y circunstancia— le llevaba a admitir la licencia, que no sería otra cosa que una ruptura matizada de las normas, o una cierta liberalidad en su empleo. Se trataría, en definitiva, de dominar las reglas del estilo sin dejarse dominar por ellas.

Entre las posibles licencias expuestas por Cicerón cobra especial importancia el empleo de una estudiada negligencia o calculado descuido (*neglegentia diligens*) con el fin de que el discurso retórico no pareciera constreñido, afectado, falso y artificioso, sino que aparentase naturalidad, soltura y facilidad. Idea que el arte de la Retórica resumirá en la célebre máxima del *ars est celare artem* (el arte consiste en ocultar el arte).

En capítulos posteriores Carlos Montes analizará cómo estas ideas, y muchas otras más, fueron recogidas en el tratado del perfecto cortesano de Baldassar de Castiglione. *Il Cortegiano*, con sus ciento veinte ediciones, llegó a ser uno de los libros más influyentes del siglo XVI, por lo que a través de su lectura las ideas de Cicerón acabarían llegando a círculos más amplios. Entre todas las reflexiones de Castigliano, la que más repercusión tendría en el mundo del arte es el concepto de *sprezzatura*, claramente derivado de aquella calculada negligencia, desenvoltura y aparente facilidad recomendadas por Cicerón.

Tiene interés el análisis que se realiza del tratado de arquitectura de Sebastiano Serlio, en el que se aprecia cómo éste asume a las claras la licencia, la ruptura ocasional de las normas, incluso lo imperfecto e inacabado como fuentes de inspiración creativa en la arquitectura. Siguiendo a Cicerón, Serlio pensaba que las cosas perfectas precisan a veces cierta imperfección para evitar el hastío y estimular el interés del observador.

Gracias a la amplia difusión de *El Cortesano*, resulta difícil saber a cierta ciencia si los conceptos acuñados por Cicerón fueron conocidos a

RESEÑAS

través de sus tratados de Retórica o bien a partir de la lectura de la obra de Castigliano. Lo más probable es que los artistas, como Rafael, Giulio Romano, Sebastiano Serlio, Tiziano, Velázquez, Rubens, Rembrandt o Van Dyck, asimilaran estas ideas a través de la lectura de *El Cortesano*. Sin embargo algunos escritores y tratadistas del arte, como Leon Battista Alberti, Giorgio Vasari, Henry Wotton, Franciscus Junius o Joshua Reynolds, cuyas ideas expone Carlos Montes en sucesivos capítulos, dejaron constancia de haber leído alguna de las obras de Cicerón.

El último capítulo, titulado “Elegancia, decoro y contención”, es una sorpresa y un regalo. Tal parece que el autor desea apartarse de la exposición académica, para refrescar la lectura con una aparente negligencia y calculado desdén, haciendo así propios los consejos de Cicerón. Trata de cómo la difusión del legado clásico antes analizado —con ese sutil balance entre la norma y la licencia, a fin de disimular las habilidades artísticas— llegó a influir en la educación inglesa. Carlos Montes va acumulando anécdotas, comentarios y pasajes tomados de lo que se adivina como lecturas preferidas —de Jane Austen, Chesterton, Churchill, Bernard Shaw, Virginia Woolf, Evelyn Waugh, o de escritores contemporáneos como Kazuo Ishiguro o Tobías Wolff—, con las que intenta mostrar cómo ese bagaje de ideas compartidas en la tradición del Clasicismo adquirieron una vida propia, adaptándose a los distintos ambientes culturales, dentro de un entendimiento artístico de la vida, del arte y del comportamiento social.

Mariano González Presencio
Universidad de Navarra
mgonzalezp@unav.es

NETZ, Reviel — NOEL, William; *The Archimedes Codex*, Weidenfeld & Nicholson, London, 2007; *El código de Arquímedes. La verdadera historia del manuscrito que podría haber cambiado el rumbo de la ciencia*, Temas de Hoy, Madrid, 2007, 374 págs.

“Arquímedes a Eratóstones, salud. Te envié anteriormente algunos teoremas que había descubierto, invitándote a que, tras haber formulado yo sus enunciados, hallaras las demostraciones que aún no te había indicado. Los enunciados de los teoremas eran los siguientes (...)

RESEÑAS

Reconociendo, como digo, tu celo y tu excelente dominio en materia de filosofía, amén de que sabes apreciar, llegado el caso, la investigación de cuestiones matemáticas, he creído oportuno confiarte por escrito, y explicar en este mismo libro, las características propias de un método según el cual te será posible abordar la investigación de ciertas cuestiones matemáticas por medio de la mecánica. Algo que, por lo demás, estoy convencido, no es en absoluto menos útil en orden a la demostración de los teoremas mismos. Pues algunos de los que primero se me hicieron patentes por la mecánica, recibieron luego demostración por geometría...” (Arquímedes, *El Método*, Alianza, Madrid, 1986).

Cuando el filólogo Johan Ludwig Heiberg, de Copenhage, descubrió en Constantinopla, en 1906, el códice C de Arquímedes —única copia en griego que ha sobrevivido— marcó un hito en la historia de la ciencia. Sin embargo, al final de la Primera Guerra Mundial, el códice vuelve a desaparecer, para reaparecer en París, en poder de una familia que acaba subastándolo en Christie’s de Nueva Cork, en octubre de 1998. A la subasta acude un representante del Ministro de Cultura griego, que pierde en la puja contra un desconocido millonario norteamericano, que se lo lleva por dos millones de dólares. Este millonario presta el manuscrito al Museo de Arte Walters, de Baltimore (Maryland). El libro *The Archimedes Codex* ha sido escrito por William Noel, conservador del Museo Walters, y Reviel Netz, matemático y profesor de Ciencia Antigua en la Universidad de Stanford. La traducción española salió varias semanas antes que el propio original inglés, aunque los editores no resistieron la tentación de cambiar “Códice” por “Código”...

Los autores, el conservador y el matemático, se alternan para contar la historia de este códice. Presentan a Arquímedes, la matemática griega y las vicisitudes del códice: una novela de aventuras. El códice fue escrito —o sea, copiado a mano de un manuscrito anterior— a finales del siglo X, último eslabón de una cadena de copias manuscritas desde las obras originales de Arquímedes, en el siglo III a. C., escritas en rollos de papiro. En 1229 un escriba desmonta el códice, para hacerse con los pergaminos, raspa el texto y escribe un devocionario. En ese momento, al quedar oculto bajo las oraciones del devocionario, el texto de Arquímedes se convierte en un “palimpsesto”.

Junto con las aventuras del Códice están las aventuras de conseguir recuperar el texto por medio de técnicas de imagen multispectral. El libro, que merece la pena leer, se lee como una novela. Pocas veces se

RESEÑAS

escribe una obra que pueda despertar un gran interés en personas tanto de “ciencias” como de “letras”.

Antonio Peláez
Universidad de Navarra
apelaez@unav.es

RATZINGER, Joseph, *Fe, verdad y tolerancia. El cristianismo y las religiones del mundo*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2005, 225 págs.

La personalidad de Joseph Ratzinger ha tomado especial notoriedad en los últimos años a partir del inicio de su pontificado, asumido bajo la figura de Benedicto XVI. Para quienes se desenvuelven en el área de la teología y la filosofía, sin embargo, su personalidad aparece identificada claramente, y desde hace tiempo, con la de un agudo intelectual cuyas aportaciones han tenido plena cabida en múltiples ámbitos del quehacer humanístico, y particularmente, en el desarrollo de la teología católica contemporánea.

El libro que ediciones Sígueme nos ofrece, en el seno de su Colección Verdad e Imagen, es una traducción —la primera en español— realizada por Constantino Ruiz-Garrido de la obra editada en Freiburg en 2003 bajo el nombre de *Glaube, Wahrheit, Toleranz. Das Christentum und die Weltreligionen*. Como lo indica el autor en su prefacio, se trata de una recopilación de trabajos publicados principalmente en el último decenio, relativos a cuestiones de fe, religión, cultura, verdad y tolerancia.

Pese a tratarse de una recopilación, la obra no carece de unidad y coherencia, lo que permite al lector avanzar rigurosamente en el discurso propuesto, convocándolo a un progresivo acercamiento a la complejidad del problema en cuestión. Éste atañe principalmente a las dificultades que existen en la actualidad para armonizar la vivencia de una fe asumida como *verdad* en el seno de una cultura que se proclama y pretende ser pluralista. El desafío propuesto, pues, no puede abordarse al margen de la discusión filosófica, cosa que el autor reconoce en más de una oportunidad a lo largo de la obra: “el verdadero problema, más allá de todas las cuestiones particulares, consiste en la cuestión acerca de la verdad. ¿Puede conocerse la verdad?” (p. 11).

El texto se inicia, luego de una breve aproximación histórica que pretende despejar equívocos frecuentes, con un análisis de las posiciones

RESEÑAS

que suelen asumirse al abordar las relaciones entre fe y cultura. Los conceptos de *exclusivismo*, *inclusivismo* y *pluralismo* son ponderados en una justa medida, introduciendo nuevas ideas que ayudan al lector a superar los aparentes “callejones sin salida” a los que ha arribado la teología contemporánea en esta materia. Al mismo tiempo, le permiten descubrir alternativas novedosas para el abordaje de tan complejo fenómeno. Ratzinger alerta respecto de un riesgo siempre latente, que pasa por identificar la cuestión de las religiones con la de la salvación, y por otra parte, considerar a todas las religiones no cristianas como un “bloque homogéneo” en el que no se distinguen matices, lo que, en ocasiones, conduce a juicios apresurados. Su descripción de lo que ha de entenderse por cultura, y consecuentemente por “sujeto cultural”, le permite además introducir una original formulación del concepto de “inculturación”, término que sugiere cambiar por “interculturalidad” o “encuentro de culturas”, no sin razones fundadas. Esta reflexión lo acerca al tratamiento de un asunto de naturaleza eminentemente antropológica y metafísica, que resume bajo el concepto de “universalidad potencial de todas las culturas”, y que explica en términos sencillos, mas no por ello carentes de profundidad.

Pero inmediatamente el texto nos enfrenta a un interrogante capital: “¿hablar acerca de la verdad de la fe para un cristiano, será una arrogancia o un deber?” (p. 53). En la búsqueda de una respuesta, Ratzinger se ve obligado a considerar lo que —ante su mirada— constituye uno de los “problemas de fondo más serios de nuestro tiempo”: el del relativismo. Evidentemente, afincados en sus supuestos, no parece quedar otra alternativa que denunciar a la religión, y particularmente la religión cristiana, de promover la intolerancia con su pretensión de poseer en sí la plenitud de la verdad. El actual pontífice, al tiempo que rescata los elementos de verdad que se esconden detrás de dicha acusación (principalmente fundados en evidencias históricas), advierte respecto del presupuesto filosófico que subyace a esta crítica, y que tiene que ver con la presunción de que no es posible acceder a la verdad, o al menos, a una verdad que exceda los límites del método exclusivamente experimental o “positivo”.

En este contexto, la segunda parte de la obra tiende a concentrarse en un doble esfuerzo. Por un lado, el de acentuar el carácter fuertemente “ilustrado” de la religión cristiana, ilustración que hereda ya de sus orígenes greco-romanos, y que permite integrar armónicamente la fe con la razón, superando de esta manera los enfoques que circunscriben a la fe al ámbito subjetivo, a la moral individual y al sentimiento irracional. Por

RESEÑAS

otro lado, un llamamiento incansable a superar el estrecho concepto de razón que nos ha legado la modernidad, y que tiende no sólo a amputar sus aspiraciones metafísicas, sino también a identificarla exclusivamente con un determinado abordaje epistemológico. Desde este punto de vista, Ratzinger interpreta que la crisis actual del cristianismo no responde tanto a un problema inherente al contenido del mensaje cristiano, cuanto a esta “autolimitación” de la razón, limitación que, “paradójicamente, se basa en sus propios éxitos: las leyes metodológicas que propiciaron su éxito se han convertido en una prisión a causa de su universalización” (p. 138).

El análisis minucioso respecto de lo que ha de entenderse como una correcta relación entre razón y fe (que abreva numerosas intuiciones de la encíclica de *Fides et Ratio*), se enriquece fuertemente con una aproximación final al problema de la libertad. Alejándose de la interpretación moderna, que emparenta la libertad con la ausencia de determinismos y con la autonomía absoluta, Ratzinger recuerda la íntima vinculación existente entre voluntad y racionalidad. Si bien la conquista de la autonomía es y debe ser un motor de la cultura, la autonomía bien entendida —para aportar realmente a la plenitud de la persona y de la civilización— debe estar fundada en una cierta medida y orientada hacia una determinada dirección. Medida y dirección son aspectos derivados de la iluminación de la razón sobre la voluntad; en definitiva, de la verdad sobre la libertad. Libertad sin verdad —afirma nuestro autor— no es plena libertad.

Pero una verdad sin amor tampoco es tal, principio que orienta a Ratzinger a definir los principios de una auténtica tolerancia cristiana. Ella debe estar fundada en el legítimo derecho natural a concebir y profesar verdades, pero al mismo tiempo, en el deber de caridad que nos mueve a respetar la libertad ajena, y a aceptar y amar al prójimo, más allá de cuáles sean sus convicciones personales.

Por la centralidad que ocupa el autor de este texto en el debate intelectual contemporáneo, por la actualidad inmensa del tema que aborda, y por las profundas reflexiones no sólo teológicas, sino también filosóficas, que apunta con ocasión de su tratamiento, este libro debe ser tenido como material de referencia obligada para todo aquel que, profesando o no una determinada convicción religiosa, pretenda adentrarse en la comprensión de uno de los debates más complejos de la civilización contemporánea: el

RESEÑAS

de la integración entre culturas disímiles, y más particularmente, el de la integración entre la fe y la cultura.

Santiago T. Bellomo
Universidad Católica Argentina
santiago_bellomo@uca.edu.ar

REGO, Francisco, *La polémica de los universales: sus autores y sus textos*, El alba, Buenos Aires, 2005, 304 págs.

A pesar de tratarse de un asunto central en la filosofía, pocos libros hay que se dediquen a la cuestión de los universales, y pocos son los que hay en lengua castellana. Las obras de Beuchot (*El problema de los universales*, UNAM, México, 1981: 1ª ed. y 1997: 2ª ed.) y de Casaubón (*Palabras, ideas, cosas. El problema de los universales*, Candil, Buenos Aires, 1984) comienzan a ser difíciles de encontrar. La cuestión de los universales suele considerarse dentro del núcleo de las doctrinas metafísicas, y el modo en que se resuelva conlleva consecuencias en todas las áreas de la filosofía, sin que esto sea ninguna exageración. Sin desmedro de esto último, es desde la gnoseología donde más directamente suelen verse sus repercusiones: “de la solución que se dé a este problema surge la solución que se dé a la consideración de la misma posibilidad y alcance del conocimiento humano” (p. 11).

El libro comienza con una explicación de las nociones básicas del asunto en la *Introducción*. En el *capítulo I* (pp. 39-76) se desarrolla el origen histórico de la polémica, desde Porfirio, durante la Edad Media. Aquí se desarrollan las respuestas de los primeros conceptualismos, realismos o nominalismos. El *capítulo II* (pp. 77-111) está dedicado a Pedro Abelardo; el siguiente, el más extenso, explica la posición de Tomás de Aquino (pp. 113-194) e incluye algunos desarrollos posteriores de la escuela tomista. Aquí Rego resume en 27 puntos la doctrina que estos seguidores reclaman en común para comprender la postura de Tomás de Aquino. El *capítulo IV* está centrado en Juan Duns Scoto (pp. 195-217) y el último en Guillermo de Ockham (pp. 219-272). En todos estos autores sus posturas se presentan respaldadas por un claro desarrollo de sus sistemas sobre cuestiones anexas, tales como qué entienden por conocimiento, abstracción, signo, conocimiento e ideas de Dios, naturaleza, forma, etc. Cuestiones como el concepto formal, el signo formal, el uni-

RESEÑAS

versal *in essendo*, el universal formal, el universal fundamental y otras herramientas conceptuales de la escolástica posterior se utilizan para examinar a estos autores, lo que aclara el desarrollo. El autor sigue la postura de Tomás de Aquino a la luz —entre otros— de Juan de Santo Tomás y de Juan Alfredo Casaubón.

El autor intercala en su discurso textos —más largos o más breves— de los autores que trata, lo que aclara en mucho sus posturas. Se abordan muchas cuestiones: la unidad de la naturaleza, la distinción del universal, la obtención del universal, el carácter de la naturaleza, consecuencias en la teología, ventajas y desventajas de cada postura, el principio de individuación, el puro contenido de conciencia u objeto puro, los diversos tipos de relación —y sus respectivos fundamentos—, la aplicación de nociones de acto y potencia o materia y forma, etc. Dado que en algunos de estos autores estudiados no es claro —o al menos discutible— cuál es su postura sobre los universales, Rego estudia las diversas interpretaciones sobre ellos, viendo qué dijeron ellos sobre sí mismos, qué entendían por aquello que escribieron, y cómo pueden ser valorados. Esto se aprecia especialmente en los casos de Ockham y de Pedro Abelardo, pero en los cuatro autores analizados el autor lleva a una conclusión equilibrada por un hondo análisis.

La obra tiene un raro equilibrio entre su nivel técnico y arduo con un carácter expositivo didáctico —de hecho, a veces parece haber tenido origen en una serie de lecciones—, con lo que puede ser una introducción de excelente nivel a esta cuestión. Es muy difícil en una obra de este tipo no caer en repeticiones, especialmente si se quiere ser claro —y se es—. Sin embargo, es éste un defecto menor. Siendo escasa la bibliografía sobre el tema, es de agradecer el empeño puesto en esta densa obra, con Abundantes notas con los textos que fundamentan lo que se afirma. Sólo hay un par de errores —sobre el número de intelectos según Avicena (pp. 121-122) y una traducción incompleta (p. 253)— que son un claro indicio del esfuerzo que esta obra ha debido implicar. Para valorar el objeto de estudio de una obra de este tipo, tal vez lo mejor sea lo que el autor dice en el *Epílogo* (pp. 273-21): “¿Qué importancia tiene esta cuestión para la filosofía de los tiempos presentes? Parecería que, por su carácter abstracto ésta es una de las tantas cuestiones filosóficas que pasaron por debajo del enorme puente de la historia de la filosofía sin pena ni gloria, y que, por lo mismo, nada tiene para decir al estudioso de hoy. Pero en rigor de ver

RESEÑAS

dad, nada más lejos de la realidad” (p. 289). Quien considere que esto es así, encontrará que la recomendación de este libro es apropiada.

Ignacio Pérez Constanzó
Universidad de Navarra
ipconstanzo@alumni.unav.es

SHORT, T. L., *Peirce's Theory of Signs*, Cambridge University Press, New York, 2007, 374 págs.

Este es un libro importante en el campo de los estudios peirceanos y probablemente está llamado a corregir muchas de las interpretaciones desafortunadas que han plagado la semiótica contemporánea. El autor, que preside el Board of Advisors del Peirce Edition Project en la Indiana University, es un conocido especialista en Peirce y es del todo consciente del tono polémico de algunas de sus afirmaciones. Sin embargo, Short no sólo pretende corregir esas malinterpretaciones, sino que aspira además a demostrar la relevancia de la teoría peirceana de los signos para la filosofía analítica contemporánea que se ocupa del lenguaje, lo mental y la ciencia. En este sentido, se trata de un libro ambicioso en el que su autor se pone en la cabeza de Peirce y completa y enmienda sus textos donde es preciso para tratar de dotarlos de sentido. Los manuscritos de Peirce son un laboratorio, un muestrario de un pensamiento en marcha: “después de todo, él nunca estuvo satisfecho con las propias formulaciones de su teoría; nunca terminó una presentación de ella. Y además, Peirce escribía filosofía ‘como un científico’, proponiendo ideas que no pretendían ser finales, sino ser aplicadas y desarrolladas quizá por otros” (p. xii).

El libro está organizado en doce apretados capítulos. Arranca el primero (pp. 1-26) con el estudio de los antecedentes y alternativas a la teoría del signo de Peirce, prestando particular atención a su contraste con la semiología de Saussure (pp. 16-21). El segundo capítulo sobre “El desarrollo de la semiótica de Peirce” (pp. 27-59) tiene una notable importancia pues Short defiende que la teoría del joven Peirce en 1868-69 sobre el pensamiento-signo tenía deficiencias que no serían definitivamente corregidas por él hasta 1907. Los capítulos 3-6 están dedicados a exponer la semiótica madura de Peirce: “Faneroscopia” (pp. 60-90), que presenta la arquitectónica peirceana y su teoría de las categorías, “Prefacio a la causación final” (pp. 91-116) y “Causación final” (pp. 117-150), que dan

RESEÑAS

cuenta de la teleología peirceana y su aceptabilidad como parte de la ciencia natural. El capítulo sexto “Significación” (pp. 151-177) está dedicado a una reconstrucción sistemática de la semiótica madura de Peirce en la que se da razón de la intencionalidad. Los capítulos séptimo y octavo, “Objetos e interpretantes” (pp. 178-206) y “Una taxonomía de signos” (pp. 207-234), se destinan a la clarificación de los enrevesados intentos de Peirce en la primera década del siglo XX para presentar una clasificación precisa de los signos, sus objetos e interpretantes. El capítulo noveno está dedicado a los principios implícitos en la taxonomía semiótica y su discusión contemporánea (“*More Taxa*”, pp. 235-262). Short concluye que “a pesar del entusiasmo que la taxonomía tardía de Peirce ha suscitado, con su promesa de un vasto sistema, una estructura formal interminable ramificada que se aplicara en todo lugar y a todo, su examen de cerca Receptiona. Es un boceto, tentativo y —a mi leal entender— incoherente. Su importancia no radica en lo que contiene, sino en el tipo de proyecto que define” (p. 260).

En los tres últimos capítulos el autor esboza una comparación entre Peirce y algunas figuras prominentes de la filosofía analítica contemporánea en el ámbito de la teoría del lenguaje, filosofía de lo mental y teoría de la ciencia. En el décimo “¿Cómo crecen los símbolos?” (pp. 263-288), muestra Short con acierto cómo Peirce anticipa —y supera en algunos aspectos— la idea de designación rígida y las teorías de la referencia desarrolladas por Donnellan, Kripke, Putnam y otros. En el capítulo undécimo, “Semiosis y lo mental” (pp. 289-316), presenta Short una teoría naturalista no reduccionista de la mente, esto es, no behaviorista, basada en la semiótica de Peirce y en la intencionalidad. Finalmente en el capítulo duodécimo, “La estructura de la objetividad” (pp. 317-347), da cuenta del antifundacionalismo de Peirce y su concepción realista de la ciencia.

El libro se cierra con el habitual elenco bibliográfico y un útil índice de nombres e índice analítico que facilitan mucho la lectura para el lector especializado. Como es habitual en Cambridge University Press, la edición es excelente y contiene muy pocas erratas. Se trata de un libro de obligada lectura para cualquiera que a partir de ahora quiera adentrarse en la rica y fascinante teoría del signo de Charles S. Peirce.

Jaime Nubiola
Universidad de Navarra
jnubiola@unav.es